

¿Quiénes son los diplomáticos?

*Ivo Andric**

Hoy día, me parece, que hay más “gente fracasada” en el servicio diplomático de todos los países, que en ninguna otra profesión. Se trata de gente que ha entrado a través de una puerta equivocada, y que ahora no encuentra a nadie que la ayude a salir; personas que no son, incluso ellas mismas, capaces de encontrar la salida, lo que las lleva de nuevo por el rumbo equivocado. En otros caminos de la vida, una persona así “perdida” pasa inadvertida; canta en un coro al cual no ayuda, pero al que tampoco perjudica, de tal modo que su voz y su oído no pueden ser apreciados. En el servicio diplomático, por el contrario, las circunstancias obligan a la mayoría a actuar, tarde o temprano, de forma independiente para demostrar quién es y lo que puede hacer.

No he leído mucho acerca de lo que sobre la profesión diplomática se ha escrito pero lo que he leído me ha parecido superficial e inadecuado. Por ello, encuentro difícil dar una definición específica y describir las características básicas de esta profesión. Al respecto, únicamente puedo dar mi punto de vista en forma un tanto negativa y con base, desde luego, en mi propia experiencia.

* Premio Nobel de Literatura en 1961. La primera versión en inglés de este ensayo fue publicada en *Knowledge and Diplomacy*, octubre de 1999, por la Academia Mediterránea de Estudios Diplomáticos, Universidad de Malta. Este artículo fue circulado en la reunión de las Academias Diplomáticas celebrada en Viena, Austria, del 20 al 24 de septiembre de 1999. Se traduce y se publica con la autorización de la fundación Ivo Andric. Traducción de Walter Astié-Burgos y Jonathan Chait.

Para empezar, no sólo está el hecho de que la diplomacia “no es para cualquiera”. Además, es posible afirmar, sin reservas, que en realidad sólo un pequeño número de personas posee el don y la vocación para este trabajo. Por supuesto, es aún más difícil poder precisar cómo son esas personas o cómo se supone que deberían ser. A continuación trataré, sin embargo, de hacerlo.

Los diplomáticos son gente de inteligencia íntegra pero directa; gente de simplificada y limitada sensibilidad, poseedora de un corazón frío, sin dejar por ello de tener corazón y sensibilidad. Pueden decepcionar, mas no son seres caracterizados por la cerrazón ni el misterio, y mucho menos falsos. Fuertes mas no rudos. Rápidos y decididos, mas no precipitados ni impulsivos. Realistas, sobrios, pero no áridos ni aburridos.

Si bien necesitan tener cierto nivel de conocimientos, no deben mostrar rastro alguno de erudición o pedantería al respecto. Sus conocimientos deben ser amenamente sorprendentes, y hasta causar impresión en sus interlocutores, mas nunca deben resultar embarazosos, ofensivos e, incluso, avergonzar a los mismos.

De igual modo ocurre con respecto al valor: es necesario contar con él. El valor debe ser firme y confiable; sin embargo, sólo deben demostrarlo en circunstancias extremas y portarlo como si se tratara de un arma que, si bien todo mundo sabe que poseen, nadie jamás ha visto.

Al mismo tiempo, los diplomáticos deben poseer *imaginación*, pero sólo hasta un cierto grado; el suficiente para ser capaces de apreciar una situación dada a través de todos los puntos de vista y bajo todas sus posibilidades y consecuencias inmediatas. Cualquier cosa que sobrepase estos límites puede resultar perjudicial tanto para ellos como para la labor que desempeñan.

¿Es posible confirmar y enlistar aquello que se requiere para ingresar al servicio exterior?

Quienes pretenden ingresar al servicio exterior deben ser versátiles y directos. Sin ser arrogantes, deben mostrarse seguros de sí mismos en una forma natural. En ciertos momentos, incluso, deben mostrarse orgullosos. No deben despreciar los pequeños detalles (¡nunca, bajo ninguna circunstancia!), pero deben saber mante-

nerse en la delgada línea divisoria entre la trivialidad y la pedantería. Deben ser meticulosos en todo, pero sin caer en un excesivo fervor. Deben valorar el momento y servirse siempre del mismo, dejando, sin embargo, que el tiempo surta sus efectos. Deben tener distintos intereses que los relacionen con las personas, los objetos, el arte, los juegos y el entretenimiento, mas no pueden dejarse llevar por la pasión o por sentimientos propios de la intimidad, bajo los cuales un hombre se olvida completamente de sí mismo. De igual modo deben mostrar un mínimo de rasgos humanos, que nunca deben ser inhumanos. Deben estar listos para todo y ser capaces de todo, sin caer por ello en seres insensibles, sin corazón y hasta monstruosos.

De acuerdo con lo anterior, el diplomático tiene que vivir constantemente en dos niveles: por un lado, el personal y humano; por el otro, el oficial e impersonal. Esto sin dejar ver, o revelar a nadie, en circunstancia alguna, el nivel en el cual se está en un determinado momento. Mejor aún: el hecho de no estar completamente consciente de ello es la mejor forma de no traicionarse a sí mismo.

En una palabra, se necesita ser una persona con características particulares, sin dar la apariencia de serlo. En cualquier asunto y en todo momento, debe dar la impresión de una persona ordinaria; un hombre común.

El diplomático requiere de cien habilidades, mismas que debe mantener siempre, y de muy diferentes maneras, bajo estricto control.

En general, podría afirmarse que en las personas con estas características, sus habilidades dependen más de un buen y adecuado balance entre las diferentes cualidades que poseen, que del valor mismo de éstas. Por lo tanto, mientras que cada una de estas cualidades debe parecer común, el todo que conforman debe ser original y superior a lo común.

Hay, por otra parte, mucho más acerca de lo que se debe ser —o no— en la profesión diplomática. Todo lo que se ha dicho sobre la misma, y lo que aún faltaría por decir, puede ser más o menos correcto; sin embargo, sería un error pensar que es suficiente, o que es posible definirla en forma breve y simple de una vez por todas. Hay algo que sí es indudable: si un individuo no posee, por lo menos, algunas de las principales cualidades antes mencionadas,

incluso de manera parcial, en su temperamento, carácter y educación, o no es capaz de desarrollarlas y aplicarlas de forma práctica en el transcurso de su trabajo, será mejor que nunca ingrese a la carrera diplomática.

A pesar de lo que hasta aquí se ha puesto en claro, éste es precisamente el tipo de profesión que tiene las facetas externas y brillantes que tanto atraen como defraudan. Por ello, en la profesión diplomática, más que en cualquier otra, es posible encontrar un gran número de personas que ha tropezado con la puerta equivocada. Lo anterior ha redundado en una verdadera desgracia, tanto para el servicio exterior como para los propios individuos. Sin duda, la equivocación al elegir una vocación se paga en todas las profesiones, pero en ninguna tan profundamente como en el servicio diplomático. La persona que no pasa las pruebas exigidas por la profesión se convertirá en una figura cómica y patética dentro de un servicio para el cual no era apta y del que ya no podrá liberarse; un naufragio que permanecerá a flote por largo tiempo. Una situación semejante envenena la vida, mina el alma y crea fracasos de considerable magnitud. Esta profesión, particularmente difícil e inusual, que aun en las circunstancias más favorables puede drenar y deformar a las personas, puede, incluso, convertirlas en misántropos inadaptados y hasta potenciales suicidas.

Bajo esta forma, un tanto esquemática, es posible analizar el tema de la profesión diplomática, forma que resulta un tanto artificial. Si bien no señala muchos de los rasgos sobresalientes que indiquen quién es un diplomático exitoso y quién no, sí muestra que hay una gran escala de los que se mueven entre los dos extremos. Medio exitosos, o menos que eso, como aquel que, después de su primer fracaso, tuvo la fuerza, la habilidad o la suerte de no hundirse, y terminó por encontrar su lugar. O por el contrario, aquel que, después de un inicio brillante, no supo retener su lugar y vive de su gloria pasada mientras aguarda, a la sombra de una posición humilde, una mejor oportunidad que nunca llega.

La ebullición y los cambios que se encuentran en la continua carrera y competencia por alcanzar el éxito y el reconocimiento se ven acompañados por el temor a la desgracia profesional, por la envidia y los accidentes que en todo momento pueden surgir a la vuelta de la esquina. En el servicio exterior, en apariencia más

uniforme y rígido que cualquier otro, no existe nada constante o seguro: la persona se mueve como a través de una neblina en la cual la luz que centellea intermitentemente, en lugar de mostrar el sendero que permite encontrar el camino, más bien engaña y confunde a los ojos.
